

## V

Cuando una idea o una inclinación intuitiva y espontánea logra traspasar el velo de la independencia de nuestro espíritu, y penetrar en las regiones ordenadas de la mente, adquiere, con generalidad, gran importancia, y se la trata con respeto, como a una grave cuestión espiritual; rebasa entonces los límites de los rutinarios temas, y pone en activa tensión el más diverso conjunto de las facultades pensadoras; cuando esta idea evoluciona en una continua preocupación puede considerársela como hecho realizado, puesto que da a demostrar que no somos ajenos a sus influjos, es como la tramitación que sufre hasta colocarse sobre el tapete de nuestra intelectualidad; todas estas intuiciones son, la mayor parte de las veces, súbitas afirmaciones que se apoderan del ánimo en un momento de esfuerzo cerebral.

Por análoga situación atravesaron los órganos de mis facultades mentales cuando me planteé, en definitiva, el problema de mi vivir actual; yo consideraba como una traición a mis propias certidumbres el obrar de la forma que estaba procediendo; sentía cruentos deseos de soledad y esparcimiento íntimo; a tanto vivir esa vida de sujeto empleadillo temía contagiarme con sus vulgaridades, o con sus mal entendidos afanes de desaparición de elevadas y fundamentales visiones, a las que yo mostraba un amor profundo y una afición inquebrantable.

En efecto, nada más hermoso que un cerebro con capacidad bastante para marcar al individuo la ruta de sus efectivismos en el transcurso de la existencia; representa la victoria del pensar íntimo sobre las influencias extrañas, y traslada al hombre a una situación libre y regocijadora por excelencia; pensando yo así, nada extraño era que sintiese impaciencia por facilitar a mi intelecto el cuadro prefijado de mis futuras acciones, pero esta obra harto elevada significa una gran potencialidad, además de una muy clara sutileza, con suficiente parte de lógica, que, entre las distintas vías que el mundo espiritual ofrece, abandonase desde un principio las sendas del error. ¿Eran consecuencia estos deseos míos de un vulgar descontento o de una terminante convicción metafísica?

Algunas veces pensaba en esos genios que han deslumbrado en ciertas épocas a la humanidad, y me preguntaba si no procederían sus gestos e inquebrantables dones de un esfuerzo elevado que les hiciera someter todas sus facultades a la realización precisa de un determinado plan; me internaba en estos campos inciertos y no obtenía más que interrogantes difusas, diluídas espirales de vapores incoercibles; por eso echaba un vistazo más transigente hacia el mundo, y terminaba por aceptar algunas de sus leyes; era ése el retorno inevitable a las impresiones humanas, sí, aplazaba la formación de un estado definitivo, agobiado duramente por la falta de conexión en todos mis anhelos. Prometía ocuparme de ella más adelante..., ¡ay! ese *más adelante* significaba un olvido que duraría toda una eternidad; es la condenación a la vida siempre ingrátida, siempre envuelta en gasas que no son gasas, sino murallas níveas que engañan, que alucinan..., y merced a estas vanas alucinaciones el hombre vive y come, juega y se divierte..., piensa y sufre; es un anatema que hace levantar en iracunda protesta a los espíritus claros que vislumbran su impotencia, su inutilidad, sus manifiestas nulidades y desconocimiento eterno de los ignotos engranajes que motivan su acciones; yo, al hablar así, impregnaba mi cerebro de una esencia de rebeldía, y una maldición constante, muda, pero significativa, parecía

dibujarse en mis labios, a veces temblorosos por las convulsiones que me producía la repugnancia; entonces, dominado por extraños motivos de repulsa, no admitía en la humanidad mas que dos clases de personalidades: individuos que sufren porque conocen su pequeñez, bien claramente de manifiesto en su impotencia espiritual, o individuos que no tienen para nada en cuenta los gritos desgarrados que profieren desde sus tumbas los anhelos muertos y las teorías fracasadas. Los primeros merecían todo mi respeto y me sumaba a su cantidad; los segundos eran objeto de mis diatribas más indignadas y de mis odios enfurecidos; son la carroña, lo animal de la sociedad viviente, y sus órganos, barnizados de concupiscencia, arrollan inflexibles las organizaciones en gestación que se proponen crear los que sienten, los que sufren, los que admiran, los que ven sobre sus espaldas las pasiones de la carne, los que son espíritu, los que no se adaptan a que el hombre constituya una galería zoológica en un Parque de irracionales...

Me veía caer a causa de mi debilidad, estos soliloquios, tan frecuentes en el transcurso de mi existencia, me producían grandes mareos; «los esfuerzos y las defensivas carnales contra las invasiones de mi espiritualidad», así definía yo aquella astenia que se apoderaba de mis fuerzas físicas. El cuerpo es voraz, es ambicioso, desea el libre predominio en la ejecución de los variados actos..., y constituye el más potente enemigo de nuestra felicidad; es un muro donde chocan los gritos sublimes, repeliéndolos bruscamente a las regiones inhóspitas y oscuras; es vengativo, cruel, provocador, enferma y empequeñece nuestra inteligencia; siempre, siempre será causa de todas las desventuras esa unión y esa subordinación del espíritu a las más nimias traiciones fisiológicas del cuerpo; yo me extendía en profundas divagaciones que no quiero transcribir por su gran ardor exaltado o por sus concepciones *casi* vesánicas; baste decir que yo, quizá sin saberlo, parecía predicar la muerte...; en un momento de reflexión hacia el pasado, creí encontrar ciertos paralelajes macabros, algunos pensamientos que tendían a corroborar mi suposición terrorífica... ¿Sería yo un hombre que sugestionado por la muerte predicara desconciertos? No, no, eso, no; yo me esforzaba en gritar que eso no podía ser, porque siempre mis exaltaciones giraban alrededor de una enorme potencialidad vital; yo no deseaba la muerte, de ninguna manera, yo lo que quería era un aval que respondiera por las informalidades del cuerpo, para que la obra, la gran obra del cerebro no se entorpeciera a causa de vulgares enfermedades, sino que fuera tan superior su ardiente llama que no influyesen en su determinación las presiones carnales; y al llegar aquí quedaba mejor definida mi aspiración eterna: yo, señores..., ambicionaba la *supervida*.

Mis choques, por lo tanto, con las exageradas realidades del mundo suponían siempre un descalabro que influía poderosamente en mis futuros proceder, y encendía en mi espíritu llameantes procacidades; mientras tanto, mi cuerpo se agotaba, yo notaba alguna variabilidad cada vez más frecuente en mis ideas, y, por un instante, me asaltó el temor de una posible caída corporal.

Siempre que análogas situaciones ocupaban mi espíritu, una nostalgia de soledad y de falta de ánimos fraternos ocupaba dulce y suavemente mi corazón, templando las cuerdas de un sentimentalismo renaciente; entonces pensaba en mis amistades, ponía la vista en el análisis de las diferentes personas que pudieran comprenderme..., el pergeño de Félix Capilla, modelo de buenos amigos, me sonreía en estos amargos ratos, logrando en parte calmar mis excitaciones o consolar mi decaído ánimo.

La plazoleta se extendía en mi derredor poblada e indiferente..., el calor abrasaba, la caricatura que dibujaba mi sombra parecía perseguirme, ridiculizando mi tipo larguirucho y enclenque; el adoquinado despedía fulgores que se posaban en las retinas inyectando ascuas calcinadas. Fuí a ver a Capilla, necesitaba un rato de conversación con él, lo reclamaban mis actividades corporales y la reacción que parecía haberse presentado en las galerías sensibleras.

No estaba en casa; cuando su patrona, adoptando un gesto raro y mirándome fijamente, me dijo que no estaba en casa, recorrió mi cuerpo un escalofrío penetrante y profundo. ¿Cómo iba a estar Capilla en la ciudad? Eran las vacaciones estivales. Entonces me asaltó una duda terrible, demasiado sabía yo que Capilla estaba en el pueblo descansando; esta inconsciencia que dirigió mis pasos era un claro síntoma de mi anormalidad, aunque, no, deseché en seguida suposición tan aterradora; no se trataba más que de un estado subjetivo, en cuya realización no intervinieron para nada los órganos materiales; era un deseo del espíritu que había sido defraudado por la vulgar circunstancia de no encontrarse Capilla en la ciudad, no merecía el incidente más importancia, y, al no dársela, me cegaron ansiosamente las aletas del completo alivio; mis temores, por lo tanto, fueron infundados, demostrando, también, que yo tenía aún algo de concierto puramente humano.

Me encontré de casualidad con Portolés, caminaba de prisa y lo llamé.

Se notaba en él una alegría casi feroz que ensanchaba su boca en ansias devoradoras.

—¿Qué pasa? —le dije.

—¡Hola! Castro, iba al mitin republicano que se celebra en la Plaza de Toros, habla Larruse y bien sabes que soy ferviente admirador..., además que...

—Te acompaño —le interrumpí.

—¡Albricias! Así se obra, ésta es la verdadera política, los rigores de las protestas alegran el ánimo.

Desde el primer día que el azar de mi destino me llevó a la secretaría de don Miguel Velasco, y convivía con las alteraciones de la política, sentía una gran simpatía por los caudillos revolucionarios, demagógicos, o por aquellos que figuraban como enemigos del régimen monárquico.

Tal vez se cumpliera en mí la afirmación que hiciera el romántico autor de «Graciella»: «No hay un alma de veinte años que no sea republicana». El caso es que al acompañar a Portolés me dominaba una cierta impaciencia y una gran curiosidad; nunca había asistido a mítines extremistas, ni había oído discursar al célebre Larruse; únicamente le conocía por los extractos de la prensa, y le guardaba una gran consideración, que nacía de su fama de rebelde y de exaltador de multitudes.

Llegamos a la Plaza, estaba completamente ocupada por compacta muchedumbre; era día festivo y había acudido gran número de obreros, entre los que Larruse tenía enorme ascendiente; faltaban cinco minutos para comenzar los discursos, se oía un vocerío heterogéneo, que daba la sensación de una corrida emocionante. Algo me impresionó el aspecto del anfiteatro escalonado.

Reinó un absoluto silencio; un señor, a quien yo conocía de vista en la ciudad, iba presentando los oradores. Al aparecer en la tribuna don Leandro Larruse, se oye una estruendosa ovación. Portolés me tocó con el brazo, diciéndome: «Ahí tienes al grande hombre». Representaba unos cuarenta años, fuerte, nervioso, se agitaba a cada momento en todos los sentidos, como solicitando la aceptación de los circunstantes, que se la indicaban

con grandes aplausos; su oratoria era fácil y vibrante, se hacía con el auditorio a los diez minutos de comenzar a hablar; su exordio fue breve y entró de lleno en el desarrollo de la cuestión que motivaba el mitin; como orador radical que protesta todo y va contra todo, su dialéctica era algo rebuscada y artificial, aunque lograba revestirla de una sorprendente naturalidad; en esto consistía el milagro de su enorme fuerza demoledora en las multitudes y en el Parlamento, donde era oído casi con miedo; en el calor de los ataques y las diatribas su boca parecía un cráter que vomitaba furias candentes, que exaltaban y hacían rugir a las muchedumbres; a veces hacía gala de erudición y citaba a Solón y a Temístocles, la leguleya concurrencia seguramente no se daba cuenta de estas comparaciones, y ardía sólo por los volcanes que formaba el orador en sus cerebros revueltos. Duró el discurso cinco cuartos de hora; las masas, extasiadas, seguían oyéndole con enorme complacencia; los larrusistas casi lloraban de emoción, los había enardecido con sus palabras rebeldes y sus ademanes de orador formidable.

Yo no participaba, ni mucho menos, de aquellas ditirámicas admiraciones; es más, no distinguí en el orador esas dotes de apto gobernante, que es lo que debe exteriorizarse en hombres que aspiran a una revolución de idearios políticos; la impresión que de él se tenía en la política de orden y el fondo de las palabras oídas ha unos momentos me bastaron para calificarle. Súbitamente vinieron a la memoria aquellas célebres palabras que me dijo don Miguel Velasco, durante la primera entrevista que tuve con él. «Hoy día, sólo existen dos tipos de revolucionarios: primero, los descontentos por intuición, que son, como si dijéramos, políticos alienados; y segundo, los demasiados vivos, que desde su puesto de oposición, obtienen muy buenas ganancias, porque se les teme por su talento o por su decisiva influencia en determinada opinión...» De estas frases se podía muy bien obtener el retrato exacto de Larruse, y no precisamente entre los primeros...

**>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»**  
**>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS**  
**>DOCUMENTO: Sello\_014**